

# LA FLECHA NEGRA

ROBERT LOUIS STEVENSON

# LA FLECHA NEGRA

Prólogo de Arturo Pérez-Reverte

Ilustración de cubierta

de Augusto Ferrer-Dalmau

Traducción de H. C. Granch



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *The Black Arrow*

Diseño de la sobrecubierta: 

Traducción de H. C. Granch

Primera edición: abril de 2025

© del prólogo: Arturo Pérez-Reverte, 2025

© de la ilustración: Augusto Ferrer-Dalmau, 2025

© de la presente edición: Edhasa, 2025

Coedición especial entre Zenda y Edhasa (Zenda-Edhasa)

Diputación, 262, 2.º1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

[www.zendalibros.com](http://www.zendalibros.com)

[marketing@zendalibros.com](mailto:marketing@zendalibros.com)

[www.edhasa.es](http://www.edhasa.es)



Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos. [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-5581-9

Impreso en Barcelona por CPI Black Print

Depósito legal: B 5520-2025

Impreso en España

## EL CORAZÓN Y LA FLECHA

ARTURO PÉREZ-REVERTE

**E**sta vez se trata de un homenaje a un buen amigo, hoy desaparecido, así que espero que lo comprendan: aunque sin excesos, me propongo adoptar en este prólogo un tono más bien británico para invitar al lector, como manda la añeja y literaria tradición, a sumergirse gozoso en esta aventura inglesa y medieval que tiene en sus manos, en cuyas páginas reconocerá sin duda las fértiles huellas de Shakespeare, de sir Walter Scott y de las antiguas crónicas medievales.

En cuanto al amigo desaparecido, se trata de Javier Marías. Y esta edición de *La Flecha Negra* es, en cierto modo, un homenaje a él y su añorada memoria. Sin ningún género de dudas, sé que Javier, lector empedernido del género, habría aprobado la elección de la novela como uno de los títulos de esta colección de libros de aventuras que no debería faltar en los estantes de las bibliotecas ni en las mesas de novedades de las librerías.

Nos divertíamos mucho él y yo recordando el tiempo de nuestra infancia o juventud en que leímos por primera vez, entre otras, esta excelente novela de Robert Louis Stevenson. Muchas de nuestras cenas en el restaurante Lucio de Madrid las dedicábamos a rememorar antiguas lecturas, tebeos y películas que conformaron nuestras vidas

lectoras y nuestras vidas como escritores. No me acuerdo de si entre todas ellas llegamos a hablar alguna vez de *La Flecha Negra*. Es muy probable, porque, en lo que a Javier y a mí se refiere, a nuestras tempranas aficiones, este relato resulta absolutamente canónico. Casi me parece advertir su aprobación ahora mismo, mientras golpeo —los viejos escritores no pulsamos, sino que golpeamos— las teclas del ordenador. Estoy seguro de que Javier observa este texto por encima de mi hombro, sentado en el Pall Mall Clubhouse del Cielo, o del Valhalla, o lo de que tenga la eternidad literaria reservado a sus héroes. A la derecha de Stevenson, junto a Conrad, Henry James y Lord Byron, y frente a Jim Hawkins, Guillermo el Travieso y Sherlock Holmes.

Mientras tanto, en espera del lugar más próximo o más lejano que se me asigne —muy lejano, me temo, tampoco es cosa de hacerse ilusiones—, por aquí abajo yo sigo a lo mío, y creo que lo he dicho o escrito en alguna ocasión: para quienes somos mediterráneos y de Cartagena, por aquello del mar y de la Historia, el inglés siempre ha sido el enemigo. Ya saben: Mahón, San Vicente, Gibraltar. La admiración que muchas veces he confesado por sus autores no solapa determinados prejuicios históricos. Para alguien como yo, lector que a diferencia de Javier siempre me he sentido más continental que britanizante, más europeo que anglosajón, la forma en que algunos novelistas de allí escribieron sus libros e hicieron sus películas no siempre me resultó simpática. Sobre todo cuando contaban, siempre barriendo para casa, que en Trafalgar lucharon contra la escuadra francesa y contra algún barco español que pasaba por allí, o que durante la que ellos llaman «guerra peninsular» se comieron sin pelar a las tropas napoleónicas mientras Wellington inventaba un filete para el Savoy de Londres y las guerrillas españolas —caóticos, cobardes, sucios meridionales apestan-

do a ajo— se limitaban a llevarle una botella de manzanilla junto al estribo de la silla de montar. Tampoco me dieron nunca buena espina, por mucho que de jovencito las disfrutara como espectador, sus películas de piratas, con mucho filibustero elegante, honrado y patriota —inglés, naturalmente— y los españoles haciendo siempre de chusma incompetente y cruel, incluido un gobernador tirano con sobrina guapa, eso sí, que siempre acababa enamorada del protagonista.

De cualquier modo, reconozco una cosa, y esto va a modo de brindis a la memoria de Javier Marías y de R. L. Stevenson: esos malditos ingleses supieron y saben —en estos tiempos un poquito menos, compruebo con perversa satisfacción— ser soldados y pelear. Lo que no resulta bueno ni malo, sino que es un simple hecho objetivo. Y eso ya no lo he leído, ni visto en el cine, ni me lo han contado. Los he visto disciplinados, crueles e implacables, denunciando el juego sucio cuando no son ellos quienes lo practican, en las Malvinas, el Golfo, los Balcanes o donde se terciase. Supongo que la cuestión estriba en que, por tradición, por necesidad histórica, saben hacerse respetar. Cuando cubría para TVE la guerra de la antigua Yugoslavia, los únicos cascos azules que se la jugaban por garantizar mi trabajo y mi acreditación de Naciones Unidas eran los militares británicos; me llevaron a través de Vitez y Gorni Vakuf a base de cebollazos a diestro y siniestro, quemando cartuchos como si no hubiera un mañana, mientras los españoles —no era culpa suya, seamos justos— se disculpaban diciendo que en Bruselas les habían ordenado que no se metieran en líos ni por periodistas ni por nadie. Pero ésa es otra historia. O tal vez no, porque al fin y al cabo *La Flecha Negra* se inscribe en el paisaje de esas novelas y películas donde los chicos de mi generación aprendimos palabras como lealtad, dignidad,

compañerismo, honor... En aquel tiempo más ingenuo que éste, de cine con bolsa de pipas, de tebeos del Guerrero del Antifaz, de *Hazañas bélicas*, el Jabato y el Capitán Trueno, de aventuras de la colección Historias o Cadete Juvenil, tales eran los títulos que nos mantenían pegados a los libros como ahora los jóvenes lo están a Minecraft o al videojuego que sea. Y entre ellos, admirables relatos medievales como *Con el corazón y la espada*, *Ivanhoe*, *Quintín Durward*, *El talismán* y, por supuesto, *La Flecha Negra*.

Publicada en 1883, la excelente historia que usted, amable lector, se dispone a leer, se desarrolla en la Inglaterra del siglo xv y narra las aventuras de un joven llamado Dick Shelton; quien, junto al misterioso personaje de la Flecha Negra, se ve envuelto en un conflicto entre casas nobles y luchas por el poder en el marco de la legendaria guerra de las Dos Rosas: una guerra civil que enfrentó de manera intermitente a los miembros y partidarios de la casa de Lancaster y los de la casa de York. Ambas familias pretendían el trono de Inglaterra por origen común de la casa de Plantagenet, como descendientes del rey Eduardo III. El nombre «guerra de las Dos Rosas» o «guerra de las Rosas» aludía a los emblemas de ambas casas: la rosa blanca de York y la roja de Lancaster.

Desde su misma publicación, que fue un éxito, la obra fue adaptada a diversos formatos, incluido el cine cuando éste empezó a buscar buenas historias. Las adaptaciones cinematográficas de *La Flecha Negra*, que fueron varias, consiguieron siempre respetar la esencia de la novela, que combina con hábil técnica narrativa —Stevenson conocía su oficio— elementos de aventura, romance y la sempiterna, incansable, lucha entre el bien y el mal, sumergiendo a los espectadores en un fascinante mundo de caballeros, castillos y conflictos épicos.

La primera adaptación al cine se hizo en el año 1948, en producción británica dirigida por William Russell. La narrativa siguió muy de cerca la novela original, con gran respeto hacia la trama, centrándose en la historia de Dick Shelton y su lucha por la justicia en medio de la guerra civil. Aunque la película no resultó un éxito comercial, se valoró por su extrema fidelidad a la obra de Stevenson. Dos años después, otra adaptación británica se emitió en la televisión, que era importante novedad en ese momento, dirigida por el reconocido director de teatro y cine Henry Cass. Ya en los años 70, una nueva adaptación televisiva fue producida por la BBC en forma de magnífica serie, que esta vez cosechó un éxito sin precedentes. Un poco más tarde, a mediados de los 80, se estrenó una nueva y dinámica versión. Y el último intento cinematográfico fue *The Black Arrow*, una interesante película rodada en 1993 con mucha acción, emoción y algún que otro guiño de humor a tono con los tiempos.

A pesar de los diferentes estilos, todas las películas se esmeraron en captar el tono aventurero y el encanto medieval, el espíritu íntimo de la novela. Con espadas, intrigas y oportunos toques de sentimiento y romance, cada versión tuvo sus propios valores y constituyen, todas ellas, recomendables aproximaciones a la historia original. Sin embargo, por encima de todas, la punta de la flecha negra que sigue deslumbrando, que silba veloz al cortar el aire, es la del texto excelente que Robert Louis Stevenson imaginó y escribió, convirtiendo este magnífico relato histórico en una aventura inolvidable.



## PRÓLOGO

### JOHN ENMIENDALOTODO

**C**ierta tarde, muy avanzada ya la primavera, oyose en hora desusada la campana de la Casa de la Mota, en Tunstall. Desde las cercanías hasta los más apartados rincones, en el bosque y en los campos que se extendían a lo largo del río, comenzaron las gentes a abandonar sus tareas para correr hacia el sitio de donde procedía el toque de alarma, y en la aldea de Tunstall un grupo de pobres campesinos se preguntaba asombrado a qué se debería la llamada.

En aquella época, que era la del reinado de Enrique VI, el aspecto que presentaba la aldea de Tunstall era muy parecido al que actualmente tiene. No pasarían de veinte las casas, toscamente construidas con madera de roble, que se hallaban esparcidas por el extenso y verde valle que ascendía desde el río. Al pie de aquél, el camino cruzaba un puente y, subiendo por el lado opuesto, desaparecía en los linderos del bosque hasta llegar a la Casa de la Mota, desde donde continuaba hacia la Abadía de Hollywood. A mitad de camino, alzábase la iglesia rodeada de tejos; los verdes olmos y verdeantes robles del bosque coronaban las recias cumbres escarpadas, poniendo cerco natural al paisaje.

Sobre una loma, inmediata al puente, se erguía una cruz de piedra, a cuyo alrededor se había reunido un grupo

—media docena de mujeres y un mozo alto vestido de sayo rojizo— discutiendo acerca de lo que podía anunciar el toque de rebato. Media hora antes, un mensajero había cruzado la aldea, con tal prisa que apagó la sed con un jarro de cerveza sin ni siquiera desmontar del caballo, tan urgente era su mensaje. Mas ni él mismo sabía de qué se trataba, y sí únicamente que llevaba pliegos sellados de sir Daniel Brackley para sir Oliver Oates, encargado de cuidar de la Casa de la Mota en ausencia del dueño.

Se oyeron entonces los cascos de otro caballo, y al cabo de un rato, saliendo de los linderos del bosque y cruzando con estrépito el puente, llegó cabalgando el joven master Richard Shelton, que se hallaba bajo la tutela de sir Daniel. Él, al menos, tendría alguna noticia de lo que ocurría, por lo que, llamándolo, le suplicaron que se lo explicara. Richard, un muchacho que aún no había cumplido los dieciocho años, de rostro curtido por el sol y ojos grises, con jubón de gamuza con cuello de terciopelo negro, verde capuchón sobre su cabeza y una ballesta de acero terciada a la espalda, se detuvo de buena gana. Al parecer, el correo había traído importantes noticias. La batalla era inminente. Sir Daniel había ordenado que todo hombre capaz de tender un arco o de empuñar un hacha partiese inmediatamente hacia Kettley, so pena de provocar su enojo. Pero nada sabía Dick<sup>1</sup> acerca de por quién habían de luchar ni del lugar donde iba a librarse la batalla. El mismo sir Oliver no tardaría en llegar y Bennet Hatch se aprestaba en aquel momento, pues él había de acaudillarlos.

—¡Esto es la ruina de esta tierra! —exclamó una mujer—. Si los barones viven en guerra constante, los campesinos tendrán que alimentarse de raíces.

1. *Dick*: diminutivo de Richard. (*N. del T.*)

—Nada de eso —dijo Dick—. Todo aquel que nos siga recibirá seis peniques diarios, y los arqueros, doce.

—Eso será si viven —repuso una mujer—; pero, ¿y si mueren, señor?

—Nada más honroso que morir por quien, naturalmente, es su dueño y señor.

—No será mío el honor —replicó el hombre del sayo—. Yo seguí a los Walsinghams, y, como yo, todos los de Brierley, hasta hace un par de años. ¡Y ahora he de pasarme al bando de los Brackley! La ley me obliga, y nada tiene que ver en ello la naturaleza. ¿Qué me importan a mí sir Daniel o sir Oliver, que más entienden de leyes que de honradez? Yo no tengo más señor que el desdichado rey Enrique VI, a quien Dios bendiga, que no sabe distinguir, pobre infeliz, su diestra de su siniestra.

—Mala lengua tienes, amigo —dijo Dick—, si así difamas a tu buen amo y a mi señor, el rey. Pero el rey Enrique (¡loados sean los santos!) ha recobrado el juicio y todo lo pondrá en orden pacíficamente. En cuanto a sir Daniel, muy valiente te muestras a espaldas tuyas; pero no te apures, que no soy chismoso, y no hablemos más del asunto.

—Nada he dicho en vuestro agravio, master Richard —repuso el campesino—. Sois todavía un muchacho; pero, cuando seáis un hombre, os encontraréis con el arca vacía. Y no digo más. ¡Que todos los santos del cielo ayuden a los vecinos de sir Daniel y la Virgen bendita proteja a sus pupilos!

—¡Clipsby! —exclamó Richard—, estás diciendo lo que no puedo escuchar sin faltar a mi honor. Sir Daniel es un amo bondadoso para mí, además de mi tutor.

—¡Vamos! ¿Queréis descifrarme un acertijo? —repuso Clipsby—. ¿De qué bando es sir Daniel?

—No lo sé —murmuró Dick, enrojeciendo, pues su tutor, en los disturbios de aquella época, cambiaba continua-

mente de partido, y a cada uno de esos cambios acompañaba algún aumento en su fortuna.

—¡Claro! —repuso Clipsby—. Ni vos, ni nadie, pues, en verdad, se acuesta siendo de los Lancaster y amanece siendo de los de York.

En aquel preciso instante, el puente retumbó bajo los cascos de un caballo. Volviéronse los del grupo y vieron llegar, a galope, a Bennet Hatch. Era éste hombre de moreno rostro, pelo entrecano y torvo aspecto; iba armado de espada y lanza, una celada cubría su cabeza, y su cuerpo una cota de cuero. Hombre de relieve en aquellos lugares, considerábanlo la mano derecha de sir Daniel, lo mismo en tiempos de paz como de guerra, y a la razón, por conveniencia de su amo, ejercía el cargo de alguacil.

—¡Clipsby! —gritó—, corre a la Casa de la Mota y manda a todos los rezagados por el mismo camino. Bowyer os dará cotas y celadas. Hemos de salir antes del toque de queda. Fíjate bien: al que sea el último en llegar a la puerta sir Daniel le dará su merecido. Conque mucho cuidado, porque ya te conozco y sé que no eres hombre de fiar.

Y, dirigiéndose a una de las mujeres, añadió:

—Anita, ¿dónde está Appleyard el viejo? ¿En la ciudad?

—En su campo, con toda seguridad —respondió la mujer.

Se dispersó el grupo y, mientras Clipsby cruzaba pausadamente el puente, Bennet y el joven Shelton cabalgaban juntos por el camino, atravesando la aldea y dejando atrás la iglesia.

—Verás que esta mala pécora —dijo Bennet— se pasa el tiempo murmurando y hablando sin ton ni son de Enrique VI. ¡Y todo porque estuvo en las guerras de Francia!

La casa adonde se encaminaban era la última de la aldea, y se alzaba ésta solitaria entre lilas. Allí comenzaba la

pradera, abriéndose en las tres direcciones y elevándose hasta las márgenes del bosque.

Desmontó Hatch, lanzó las riendas sobre la empalizada y echó a andar por el campo, llevando a Dick junto a sí hacia donde cavaba el viejo soldado, hundido hasta las rodillas entre sus coles, tarareando con voz cascada una cancioncilla. Todo él iba vestido de cuero, excepto su capucha y su esclavina, que eran de frisa negra, anudadas con cinta escarlata. Por el color y las arrugas, dijérase que su rostro era una cáscara de nuez; pero sus viejos ojos grises eran bastante claros y límpidos todavía, y perfecta su vista. Quizá porque era sordo; quizá porque no creyese digno de un viejo arquero prestar atención a semejantes disturbios, el caso es que ni las ásperas notas de la campana tocando a rebato, ni la proximidad de Bennet y el muchacho, parecieron impresionarlo, sino que continuó cavando, mientras su débil y temblorosa vocecilla entonaba la melodía:

Y si hacerlo os pluguiera,  
yo os rogaré, señora,  
que, de llorarme, me lloréis ahora.

—Nick<sup>1</sup> Appleyard —dijo Bennet Hatch—, sir Oliver te saluda y te ordena que, antes de una hora, marches a la Casa de la Mota para asumir el mando.

El viejo alzó la vista.

—¡Dios os guarde, señores míos! —repuso haciendo viajes—. ¿A dónde se dirige míster Hatch?

—Míster Hatch parte de Kettley con todos los hombres que puedan montar a caballo —contestó éste—. Parece que

1. *Nick*: abreviatura de Nicholas. (*N. del T.*)

se va a librar por aquellos lares una batalla, y mi señor espera refuerzos.

—¡Bien! —dijo Appleyard—. ¿Y con qué guarnición cuento?

—Te dejo seis hombres escogidos, además de sir Oliver —contestó Hatch.

—No bastan para defender la plaza —observó Appleyard—. Se necesitarán cuarenta hombres si queremos resistir como es debido.

—¡Cómo! ¿Para que nos salgas con eso te hemos venido a buscar, viejo pícaro? —replicó Bennet—. ¿Quién hay aquí, si no tú, capaz de hacer algo en una casa así con semejante guarnición?

—¡Sí, cuando te aprieta el zapato te acuerdas del viejo! —repuso Nick—. No hay uno de vuestros hombres que pueda sostenerse a caballo ni manejar una pica; y, en cuanto a arqueros, si el viejo Enrique V resucitase, sería capaz de ofrecerse, por un ochavo cada vez, a servir de blanco en vuestros tiros.

—¡Vamos, Nick, que todavía hay quien sabe disparar un arco! —exclamó Bennet.

—¡Disparar un arco! —replicó Appleyard—. ¡Sí! Pero, ¿quién daría en el blanco? Ahí es donde hay que tener buen ojo y la cabeza en su sitio. Si no, vamos a ver, ¿a qué llamaríais vos un tiro largo de ballesta?

—¡Hombre! Largo sería a una distancia como de aquí al bosque —contestó Bennet mirando en torno suyo.

—Sí, algo largo sería —murmuró el viejo, volviéndose para mirar por encima del hombro. Después, se colocó la mano por sobre los ojos y permaneció con ellos fijos en la lejanía.

—¿Qué miras? —preguntó Bennet riendo entre dientes—. ¿Acaso ves a Enrique V?

El veterano siguió mirando hacia la colina. El sol brillaba esplendoroso sobre las praderas; ramoneaban algunas

ovejas blancas. Todo estaba en silencio, turbado tan sólo por el lejano tañido de la campana.

—¿Qué ocurre, Appleyard? —inquirió Dick.

—¡Qué ha de ocurrir...! Los pájaros.

Sobre la parte superior del bosque, desde donde descendía como una lengua a través de los prados, para terminar en un par de olmos verdes, a un tiro de flecha aproximadamente del lugar donde nuestros interlocutores se hallaban, una bandada de pájaros revoloteaba de un lado a otro en evidente alarma.

—Bueno, los pájaros... ¿Y qué? —preguntó Bennet.

—¡Verdaderamente —repuso Appleyard—, hacéis bien en iros a la guerra, míster Bennet! Los pájaros son buenos centinelas; en los bosques suelen ser los que primero figuran en la línea de batalla. ¡Mirad! Si éste fuera un campamento, bien pudiera haber arqueros acechando para dar con nosotros, y, sin embargo, aquí estaríais como si tal cosa.

—¡Qué dices, condenado! —gritó Hatch—. ¡Si en torno nuestro no hay más hombres que los de sir Daniel, en Kettley! Estás más seguro que en la torre de Londres, y aún quieres asustarnos con el espantajo de unos cuantos gorriones que vuelan o de algún pinzón.

—¡Qué estáis diciendo! —rezongó Appleyard—. ¡Cuántos bribones se dejarían cortar las orejas con tal de darse el gustazo de podernos enviar una flecha a cualquiera de nosotros! ¡San Miguel nos valga! ¡Si nos odian como si fuéramos unos gatos monteses!

—¡Cierto es que odian a sir Daniel! —repuso Hatch algo más sosegado.

—A sir Daniel y a todo el que le sirve —refunfuñó Appleyard—, y, en primer término, a Bennet Hatch y al viejo Nicholas, el arquero. Mirad: si allá lejos, en el extremo del bosque, hubiese un hombre forzudo y vos y yo permaneciésemos

aquí a merced suya, como lo estamos, ¿a quién creéis que escogerían?

—Apuesto que a ti —repuso Hatch.

—¡Apuesto mi capote contra un cinto de cuero a que seríais vos el elegido! —exclamó el viejo arquero—. Vos fuisteis quien prendió fuego a Grimstone, Bennet, y eso no os lo perdonarán nunca, amigo mío. En cuanto a mí, pronto estaré en lugar seguro, Dios mediante, lejos de un tiro de flecha y de un cañonazo también... y de todas las ruindades de mis enemigos. Ya soy viejo y me acerco rápidamente a mi morada, donde el lecho está dispuesto. Pero vos, Bennet, quedaréis a merced de todos los peligros, y, si llegáis a mi edad sin que os hayan colgado, será porque el genuino y castizo espíritu inglés habrá ya muerto.

—Eres el viejo mastuerzo de peor genio de todo el bosque de Tunstall —replicó Hatch, enojado por aquellos amenazadores agüeros—. Anda, de una vez, a armarte antes de que llegue sir Oliver, y déjate, una vez en tu vida, de charlas inútiles. Si a Enrique V le hablabas tanto, no le faltaría trabajo si quería escucharte; pero maldita la sustancia que sacara.

Silbó en el aire una flecha como gigantesco abejerro y fue a clavársele al viejo Appleyard entre ambos omóplatos, atravesándolo de parte a parte y haciéndolo caer de cabeza sobre las coles. Hatch contuvo un grito y saltó en el aire; después, agachándose cuanto pudo, corrió a refugiarse en la casa. Entretanto, sir Dick Shelton se había ocultado tras unas lilas, y con el arco tenso y apoyado en el hombro apuntaba hacia el bosque.

No se movía ni una hoja. Las ovejas pacían tranquilamente y los pájaros habíanse apaciguado. Pero en el suelo yacía el viejo, con una flecha de una vara de largo clavada en la espalda. Hatch continuaba acogándose a la protec-



ción que le prestaba el alero del tejado, y Dick, agazapado tras el árbol, se mantenía avizor, pronto a disparar.

—¿Veis algo? —gritó Hatch.

—No se mueve ni una rama —contestó Dick.

—Me da vergüenza dejarlo ahí tendido —dijo Bennet, adelantándose de nuevo con vacilante paso y muy pálido el rostro—. No perdáis de vista el bosque, master Shelton; vigíladlo bien. ¡Los santos nos asistan! ¡Buen tiro fue éste!

Bennet alzó al viejo arquero y lo apoyó sobre su rodilla. Aún no había muerto. Contraíasele el rostro, abría y cerraba los ojos maquinalmente, y en la mirada se dibujaba una horrible mueca de dolor.

—¿Me oyes, Nick? —le preguntó Hatch—. ¿Deseas algo? ¿Tienes algo que encargarme antes de dejar este mundo, hermano?

—¡Arráncame esta flecha y déjame morir, por la Virgen María! —dijo Appleyard con voz que parecía un suspiro—. ¡Ya se acabó para mí la vieja Inglaterra! ¡Arráncamela, arráncamela!

—Master Dick —exclamó Bennet—, acercaos y dad un buen tirón a la flecha. Lo que él quiere es morir, el pobre pecador.

Dick dejó en el suelo su ballesta, y, tirando de la flecha con todas sus fuerzas, consiguió arrancarla de la herida. Brotó un chorro de sangre. Intentó el viejo arquero ponerse de pie, y, pronunciando el nombre de Dios, cayó muerto.

Hatch, arrodillado entre las coles, oró con fervor por el descanso de su alma. Mas, en tanto que oraba, veíase que su atención se hallaba dividida: ni por un instante dejó de mirar de reojo hacia aquel rincón del bosque de donde había partido el certero flechazo. Terminada su oración, se alzó de nuevo, quitose una de sus manoplas de malla y enjugose el pálido rostro, inundado de un sudor de angustia y de terror.

—Sí —dijo—, la próxima vez me tocará a mí.

—¿Quién podrá haber hecho esto, Bennet? —preguntó Richard, conservando aún en su mano la flecha.

—Sólo Dios lo sabe —respondió Hatch—. Quizás anden por ahí más de cuarenta cristianos a quienes él y yo hemos arrojado de sus casas y de sus tierras, y perseguido después. Él ha pagado ya su deuda, pobre fiera odiada, y acaso no tarde yo mucho en pagar la mía. Sir Daniel tiene mano demasiado dura.

—Extraña flecha es ésta —dijo el muchacho contemplando la que sostenía entre los dedos.

—Sí, por cierto —exclamó Bennet—. Negra y guarnecida de plumas también negras. Nada tiene de bonita ni de alegre, porque dicen que el negro es presagio de entierro. Y aquí se ven algunas palabras escritas. Limpiad la sangre y leedlas. ¿Qué dicen?

—«Para Appleyard, de John Enmiendalotodo» —leyó Shelton—. ¿Qué significa esto?

—¡No lo sé; pero no me gusta nada! —contestó el esbirro sacudiendo la cabeza—. ¡John Enmiendalotodo! He aquí el nombre de algún bribón, inventado para ir contra quienes son algo en el mundo. Pero, ¿qué hacemos aquí, sirviendo de blanco? Cogedlo por las rodillas, master Shelton, que yo lo levantaré de los hombros, y dejémoslo en su casa. ¡Buen disgusto va a darle esto a sir Oliver! Más blanco que la cera se quedará cuando lo sepa y ni un molino de viento gruñirá más que él.

Entre los dos llevaron el cuerpo del viejo arquero a su casa, donde había vivido completamente solo. Allí dejáronlo tendido sobre el suelo, por no manchar el colchón de la cama, colocando los miembros lo mejor que pudieron.

La casa de Appleyard era sencilla y daba la sensación de limpieza. Sólo contenía una cama con colcha azul, un apa-

rador, un gran arcón, un par de taburetes y una mesa que giraba sobre bisagras en un rincón junto a la chimenea; de la pared colgaba la armería del viejo soldado: sus armas ofensivas y defensivas de arquero. Hatch comenzó a mirar en torno suyo con curiosidad.

—Nick tenía dinero —dijo—. Por lo menos habrá ahorrado y escondido en algún rincón sus sesenta libras. ¡Cómo me gustaría encontrarlas! Cuando se pierde a un buen amigo, master Richard, el mejor consuelo es heredarlo. Mirad ese arcón. Apostaría cualquier cosa a que contiene cerca de su buena media fanega de oro. Appleyard el arquero tenía la mano dura para recoger, y también para guardar. ¡Que Dios le haya perdonado sus pecados! Cerca de ochenta años se ha mantenido en pie, y siempre recogiendo y guardando; pero al fin ha tenido que tenderse de espaldas para siempre, ¡pobre viejo huracán!, y ya se han acabado para él todas las necesidades. Sin duda, pienso yo, que si sus bienes van a parar a manos de un buen amigo, se alegrará de ello y se sentirá más feliz en el cielo.

—¡Vamos, Hatch! —exclamó Dick—. Respetad esos ojos cerrados para siempre... ¿Seríais capaz de robar ante su cadáver? ¡Echaría a andar para impedirlo!

Hatch hizo la señal de la cruz varias veces; pero, vuelto el color a su rostro, no era fácil disuadirlo de sus propósitos. Mal lo hubiera pasado el arcón si en aquel momento no se hubiera oído ruido en la puerta de la empalizada, y si, poco después, no se hubiese abierto la de la casa, dando paso a un hombre alto, de duro y robusto aspecto, de ojos negros, de unos cincuenta años de edad, cubierto con negro traje talar y sobrepelliz.

—Appleyard —entraba diciendo el recién llegado; pero al contemplar el cuadro se quedó paralizado de asombro—. ¡Ave María! —exclamó—. ¡Dios y los santos nos asistan! Pero, ¿estáis aquí de holgorio?

—Frío es el holgorio para Appleyard, señor cura —contestó Hatch con perfecto buen humor—. Acaban de asesinarlo a la puerta de su casa, y en este momento se apea frente al Purgatorio. ¡Verdaderamente, si es cierto lo que cuentan, allí no ha de faltarle carbón ni lumbre!

Con paso vacilante, dejose caer sir Oliver sobre uno de los taburetes, demudado el rostro y sintiéndose desfallecer.

—¡Esto es la ejecución de una sentencia! —dijo—. ¡Ay! ¡Qué golpe! ¡Qué golpe! —exclamó sollozando, y enseguida comenzó a rezar infinidad de oraciones.

Hatch, entretanto, despojábase respetuosamente de su celada e hincaba su rodilla en tierra.

—¡Ay, Bennet! —murmuró el clérigo, algo repuesto de su asombro—. ¿Qué puede ser esto? ¿Quién será el enemigo que se ha atrevido a ejecutarlo?

—Aquí tenéis la flecha, sir Oliver. Mirad: lleva escritas unas palabras —observó Dick.

—¡Cómo! —exclamó el cura—. ¡Esto es abominable! ¡John Enmiendalotodo! ¡Digno nombre de los Wickliffe! ¡Y negro el color de la flecha, como pájaro de mal agüero! ¡Caballeros, esta maldita flecha no anuncia nada bueno! Pero lo importante ahora es que deliberemos de dónde puede venir. Ayúdame a pensar, Bennet. Entre tantos que nos quieren mal, ¿quién será el que tan audazmente nos reta? ¿Simnel? ¿Los Walsingham? No, no han llegado aún hasta ese punto. Aún confían en imponérsenos cuando las cosas cambien. También pudiera ser Simon Malmesbury. ¿Qué crees tú, Bennet?

—¿Qué pensáis vos, señor —repuso Hatch—, de Ellis Duckworth?

—No, Bennet, no. Eso nunca —dijo el cura—. Jamás una revolución se fraguó entre los de abajo, Bennet, y esa opinión la comparten todos los cronistas sensatos. Las rebelio-

nes se encaminan de arriba abajo. Cuando John, Pedro y Manuel la toman por su cuenta, averigua siempre dónde está el personaje que ha de aprovecharse de ella. Puesto que sir Daniel se ha unido, una vez más, al partido de la reina, ha caído en desgracia con los señores de York. De ahí viene el golpe, Bennet; por cuáles medios, es cosa que no puedo precisar aún; pero ahí está el meollo del asunto.

—No quisiera que lo tomarais a mal, sir Oliver —repuso Bennet—, pero tanto se ha apretado la soga al cuello de las gentes que esto está a punto de estallar; eso mismo veía venir el pobre Appleyard. Y, si me lo permitís, os diré que la gente nos odia tanto que no necesitan que los espoleen los de York ni los de Lancaster. Oíd lo que yo pienso: vos, que sois clérigo, y sir Daniel, que tan pronto navega a uno como a otro viento, os habéis apoderado de los bienes de muchos y habéis hecho apalear y colgar a no pocos hombres. Ahora os piden cuenta de todo ello; pero, como al fin, no sé por qué, siempre os favorece la ley, creéis que todo queda arreglado. Pero permitidme que os diga, sir Oliver, que el hombre que habéis despojado de sus bienes y mandado apalear es el que más indignado está ahora, y un buen día, azuzado por el diablo, echará mano de su arco y os meterá en el cuerpo una vara de acero en forma de flecha.

—No, Bennet, estás en un grave error. Debieras agradecerme el que te corrija —replicó sir Oliver—. Eres un charlatán, Bennet; tienes la lengua demasiado larga. Tienes que corregirte, Bennet, tienes que corregirte.

—Bien, no diré una palabra más. Haced lo que os plazca —repuso el escudero.

Se levantó el cura del taburete en que estaba sentado, y del estuche que llevaba pendiente del cuello sacó cera y una vela pequeña, pedernal y eslabón, y procedió con todo ello a sellar con las armas de sir Daniel el arcón y el arma-

rio, mientras Hatch lo miraba con profundo desconsuelo. A continuación, salieron todos de la casa, algo atemorizados, y dispusieron a montar a caballo.

—Ya hace rato que debíamos estar en camino, sir Oliver —dijo Hatch mientras le sostenía el estribo para que montara.

—Es cierto; pero las cosas han cambiado, Bennet —repuso el cura—. Ya no tenemos a Appleyard, que en paz descansa, para encargarse del mando de la guarnición. Por tanto, tú vas a quedarte conmigo, Bennet. Necesito a mi lado un hombre de confianza en estos tiempos de traidoras flechas negras. «La flecha que de día vuela...», dice el Evangelio. Y no recuerdo cómo sigue. ¡Verdaderamente soy un cura muy olvidadizo de lo que debiera saber, con tanto tener la cabeza ocupada en asuntos humanos! Mas cabalguemos, míster Hatch. Nuestros hombres deben de estar ya en la iglesia.

Emprendieron, pues, la marcha camino abajo, con el viento a favor, que hacía flotar los hábitos del cura, dejando tras ellos algunas nubecillas que comenzaban a aparecer, velando el sol, que iba al ocaso. Pasaron tres de las casas dispersas que componían la aldea de Tunstall, y, al doblar un recodo, apareció ante ellos la iglesia. A su alrededor se apiñaban diez o doce casas, mas, en la parte posterior, el cementerio parroquial lindaba con los prados. Ante el pórtico hallábanse reunidos unos veinte hombres, montados unos y de pie otros junto a sus caballos. Iban armados y montados de diversas formas: unos con lanzas, otros con hachas de armas o con arcos, y cabalgando algunos caballos de labor, salpicados todavía del lodo de los surcos. No eran todos ellos, al cabo, más que la hez del pueblo, ya que los mejores hombres y más bien equipados se hallaban ya en el campo con sir Daniel.

—No lo hemos hecho del todo mal, ¡alabada sea la cruz de Hollywood! Sir Daniel se pondrá contento —murmuró el cura, contando para sí los que formaban la tropa.

—¿Quién vive? ¡Alto, si eres de los nuestros! —gritó de pronto Bennet.

Acababa de ver a un hombre deslizarse por entre los tejos del cementerio. Mas aquél, al escuchar su intimación, abandonó su escondite y puso pies en polvorosa en dirección al bosque. Los hombres que se hallaban en el pórtico, que no se habían percatado hasta entonces de la presencia del intruso, se desparramaron. Los que habían echado pie a tierra volvieron a montar precipitadamente, y el resto salió en persecución del fugitivo. Pero tuvieron que dar un rodeo en torno al lugar sagrado y era evidente que se les escaparía la presa.

Hatch, lanzando un juramento, dirigió su caballo hacia los setos para cortarle el paso; pero la bestia se negó, y dejó a su jinete tendido sobre el polvo. A pesar de que se levantó al instante y de nuevo se apoderó de las riendas, había transcurrido el tiempo suficiente para que el fugitivo ganase una buena delantera, perdiéndose así toda esperanza de capturarlo.

Quien mostró tener más cabeza fue Dick Shelton. En lugar de empeñarse en la inútil persecución, descolgose la ballesta que llevaba a su espalda, la armó colocando en ella una saeta, y, mientras los demás desistían ya de la persecución, se volvió hacia Bennet y le preguntó si debía disparar.

—¡Dispara! ¡Dispara! —gritó el cura con sanguinaria violencia.

—¡Apuntadle bien, master Dick —exclamó Bennet—, y dad con él en tierra como manzana madura!

El fugitivo se hallaba a pocos pasos de su refugio; pero esta última parte del prado ascendía en pronunciado decli-

ve, de forma que su carrera resultaba, proporcionalmente, mucho más lenta. Entre la grisácea luz del ocaso y la irregularidad de movimientos del fugitivo, el blanco no tenía nada de fácil. Por otra parte, Dick, al alzar su arco, sintió una especie de lástima y un vago deseo de errar el tiro. Voló, sin embargo, por el aire la saeta.

Vaciló el hombre y cayó. Sus enemigos prorrumpieron en triunfal vocerío. Pero hartos prematuramente creyeron suya la presa. El hombre había sufrido una caída sin importancia; rápidamente púsose en pie, se volvió para agitar su gorro mofándose de ellos, y pronto desapareció entre la espesura del bosque.

—¡Mala peste se lo lleve! —gritó Bennet—. ¡Tiene zancas de ladrón! ¡Por san Banbury que sabe correr! Pero le disteis, master Shelton; aunque os ha robado la saeta. ¡Ojalá no tenga nunca más suerte que la que yo le deseo!

—Pero, ¿qué hacía rondando la iglesia? —preguntó sir Oliver—. Mucho me temo que haya cometido alguna malicia. Clipsby, desmonta y mira con cuidado por entre esos tejos a ver si encuentras algo.

Partió Clipsby y, a poco, volvía con un papel en la mano.

—Esto encontré clavado en la puerta de la iglesia —dijo, entregándoselo al párroco—. Nada más he hallado, señor cura.

—¡Vaya! ¡Por los clavos de Cristo! —exclamó sir Oliver—. ¡Esto raya en sacrilegio! ¡Que se haga porque es voluntad del rey o del señor feudal el mandarlo, bueno, pase, pero que cualquier descamisado vagabundo venga a pegar papeles en la puerta del presbiterio..., eso, eso es casi un sacrilegio! Por menos han llevado a la hoguera a muchos hombres. Pero, a ver, ¿qué se nos dice aquí? Va desapareciendo la luz por momentos... Master Richard, vos que sois joven y tenéis buena vista, ¿queréis leerme este libelo?



Dick Shelton tomó el papel y leyó en voz alta. Contendría algunos versos, toscas coplas de ciego que apenas si rimaban, escritas en burdos caracteres y con mala ortografía. Algo corregidos y mejorados, decían más o menos:

Cuatro flechas negras mi cinto tenía,  
cuatro por las penas que he sufrido,  
cuatro para otros tantos hombres  
que mis opresores malvados han sido.

Voló ya una flecha, y bien que voló.  
A Appleyard el viejo ella lo mató.  
Otra es para míster Bennet Hatch,  
que fue quien Grimstone incendió.

Otra es para sir Oliver Oates,  
el que a Harry Shelton hizo degollar.

Sir Daniel, para vos será la cuarta  
y todos lo hallarán muy bien hecho.

Todos recibiréis vuestro merecido,  
una flecha negra para cada corazón negro,  
rezad de rodillas:  
sois muertos, ladrones.

John Enmiendalotodo de la Verde Floresta  
y sus alegres compañeros.

Ítem: Tenemos más flechas y buenas cuerdas  
de cáñamo para otros secuaces vuestros.